

5 tenaces batallas detrás de los debates en bioética

Joseph Tham

Profesor de bioética, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

“**D**ado que ni el neonato ni el pez son una persona, eliminar a tales seres no es moralmente tan negativo como matar a una persona.” -Peter Singer, profesor de ética en Princeton.

“Pienso que uno debería de poder hacer todo lo posible para mejorar la vida humana, no me parece que la genética esté ofendiendo a los dioses, como tampoco creo que allá fuera haya unos dioses.” -James Watson, co-descubridor del DNA.

“La obstinada invocación de la religión por parte de los cristianos de derecha para limitar la investigación sobre las células estaminales es del mismo rango como la sanción que se ha dado a Galileo en el Medioevo a causa de sus puntos de vista científicos en desacuerdo con la doctrina de la Iglesia.” -Newsweek

¿Cuál es el denominador común de estas afirmaciones provocadoras? Todas ellas se refieren al tema de la vida y de la muerte dentro del marco de la nueva disciplina llamada bioética. Aunque su contenido sea chocante, las afirmaciones han sido acuñadas por personas que ejercen un gran influjo sobre la opinión pública en la sociedad actual. Desafortunadamente muchos católicos aún siguen ajenos al tremendo debate cultural que se ha llevado a cabo en los últimos 40 años. El Papa Juan Pablo II lo ha llamado la batalla entre la “Cultura de la Muerte” y la “Cultura de la Vida.”

Cuestiones de Bioética: La Punta del Iceberg

La bioética nació hace 40 años cuando la tecnología médica estaba realizando grandes conquistas. Por su parte, los médicos, abogados, líderes políticos y religiosos tenían que afrontar las controversias que iban surgiendo. Desde entonces el aborto, la contracepción, la eutanasia y la fecundación in vitro (FIV) han sido debatidos y hasta el momento el debate continúa.

En las décadas siguientes la medicina se desarrolló aún más rápidamente, aportando dilemas nuevos y complejos. Todos los días las noticias hablan de los últimos avances en el campo de la clonación, de las células estaminales, de la manipulación genética y de otros logros de la técnica más avanzada. En cada Continente se llevan adelante debates sobre el uso de la píldora abortiva RU 486, la píldora del día después, el condón como medio para prevenir el SIDA, los criterios para determinar la muerte cerebral y la venta de órganos. Al mismo tiempo muchas legislaturas han de decidir sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo, la protección del ambiente y la seguridad de alimentos genéticamente modificados.

Mientras tanto, se preanuncia en el horizonte una nueva serie de preocupaciones por las más recientes tecnologías: la creación de híbridos y quimeras, la selección eugenética de embriones mediante el uso del diagnóstico genético de preimplantación (PGD), el bebé de diseño, la nanotecnología, la neurociencia, la medicina regenerativa y el tratamiento para rejuvenecer o la tecnología de interfaz cerebro-computadora. Parecería que la lista de novedades es interminable. ¿Será posible que la ética se ponga al mismo ritmo de velocidad con la que estas innovaciones se presentan?

Las más de las veces estos temas tienen implicaciones políticas. En efecto, los estados, las naciones y organizaciones internacionales han creado leyes, criterios y políticas para determinar los límites dentro de los cuales hacer disponibles estas tecnologías modernas. Dado que su impacto en nuestra vida es tan grande, desafortunadamente dichas innovaciones a menudo están ligadas a intereses financieros de grupos multinacionales y de otros accionistas potentes, circunstancia que frecuentemente complica las decisiones éticas. Más que nunca se necesitan voces neutrales y objetivas que no estén bajo el influjo del dinero o de intereses políticos.

A primera vista parece interminable la lista de cuestiones que se presentan en estos días a la humanidad en el campo de la bioética. Cada nuevo avance científico, que acarrea un cierto beneficio, inevitablemente llevará consigo algún dilema ético. Se trata de una espada de dos filos. De hecho, los desafíos de la bioética que hemos mencionado son sólo la punta del iceberg.

Estoy seguro de que todos hemos visto alguna foto de un iceberg. La parte que está por encima del agua, la punta del iceberg, representa sólo el 7 % de toda la masa del mismo. De manera semejante, los problemas de bioética son más profundos de lo que parecen. En la medida en que la ciencia avanza, nuevas preocupaciones continuarán a surgir. Sin embargo, los retos de bioética que hemos mencionado sólo representan la punta del iceberg.

Una Guerra de Ideas

Los problemas más profundos, de los que frecuentemente no escuchamos nada en los medios de comunicación — el 93 % del iceberg que no vemos — son aquellos que requieren nuestro análisis. Estos tienen que ver con la naturaleza y la dignidad del hombre, el bien común que todos estamos buscando, nuestra integridad moral y el sentido del sufrimiento y de la muerte. En otras palabras, se trata ante todo de cuestiones profundas sobre el destino del hombre y en último análisis de cuestiones religiosas.

En su larga tradición filosófica y teológica, la Iglesia Católica ha ofrecido reflexiones muy valiosas en torno a estos interrogantes. Sin embargo, como las citas al inicio del artículo lo indican, hoy día a estas respuestas se les presentan retos serios. ¿Cuáles son los puntos de desacuerdo en esa guerra de ideas? De momento me parece que hay cinco desafíos correlacionados en el campo de la bioética.

1) *El positivismo científico*. Desde el tiempo de la ilustración se ha establecido la idea de que la ciencia estaría progresando siempre, acarreando invariablemente beneficios a la humanidad. Si ese fuera el caso, nunca se deberían de imponer límites a ningún tipo de investigación, sobre todo límites de tipo ético o religioso. Algunos lo llaman el “imperativo tecnológico”: para progresar, la ciencia y la tecnología deben estar libres a toda costa. Ese fue el argumento que el gobierno británico dio hace dos años cuando permitió la creación de híbridos entre humanos y animales. Otro ejemplo es la decisión reciente del Presidente Obama quien, no obstante la presencia actual de alternativas, permitió la financiación gubernamental de la investigación sobre células estaminales. Siendo una ideología, el positivismo científico es demasiado optimista al depositar su fe en el poder de la ciencia de sanar todos los males. El hecho sin embargo es que la ciencia puede ser puesta al servicio del bien y del mal — como lo ha demostrado la bomba atómica. La ciencia no es ciega; su orientación depende de la integridad moral de los individuos que la hacen.

2) *La tecnología y la manipulación de la naturaleza humana*. Hoy en día la visión científica del mundo ha llegado a prevalecer tanto que tendemos a verlo todo en clave materialista. Incluso corremos el riesgo de identificar a seres humanos con un aglomerado de células, tejidos y órganos. La tecnología nos ha dado la posibilidad de manipular la naturaleza en favor de nuestra comodidad y nuestro bienestar personal; los aviones, el internet, la medicina son unos cuantos ejemplos de eso. Sin embargo, a través del avance de la biotecnología hemos llegado al punto de poder modificarnos nosotros mismos, nuestra propia naturaleza para vivir por más tiempo, para tener más memoria o

un mayor cociente de inteligencia, para mejorar nuestra composición genética o nuestras capacidades atléticas y para seleccionar características semejantes para nuestros hijos. Estas posibilidades son sin precedentes: modificándonos a nosotros mismos, modificamos nuestra humanidad. Pero, ¿quién tomará la decisión sobre si algo es verdaderamente humano o no? ¿No estamos jugando a ser dios si tratamos de dar forma al hombre según nuestros caprichos? Si sólo buscamos mejorar las características físicas o intelectuales, ¿no nos quedamos aún más pobres por haber ignorado nuestra dimensión espiritual: nuestra capacidad de amar y de soñar, de actuar con nobleza e incluso con heroísmo, sacrificando nuestras vidas, si la situación así lo requiere?

3) *El utilitarismo*. En una sociedad consumista, el dinero y los intereses económicos fácilmente prevalecen sobre las preocupaciones éticas. Según la teoría del utilitarismo la manera ética de proceder consiste en actuar de tal manera que se consigan los mejores resultados, es decir lo que proporciona el mayor bien al mayor número de personas. Por eso, si pudiéramos salvar las vidas de cien personas dando muerte a un individuo, tendríamos que decir que el fin justificaría los medios. Por lo mismo, siguiendo esa línea de argumentación, sería éticamente correcto dar muerte a los embriones sobrantes de una fecundación in vitro o también usarlos para la investigación, pues ello podría redundar en la curación de las enfermedades de muchas personas. De acuerdo con ese modo de razonar, deberíamos permitir que se tomaran órganos de pacientes en estado de coma, de aquellas personas que se encuentran en un estado vegetativo persistente, de bebés con anencefalia e incluso de prisioneros en espera de su ejecución. Esa lógica prevalece ya en algunos hospitales que, contrariando el deseo de los familiares, rehúsan tratar a aquellas personas cuya cura se reputa como “inútil”, sea porque aquellos pacientes son demasiado ancianos, demasiado enfermos o porque tienen una baja “calidad de vida.” ¿No sería mejor dejarles morir antes que prolongar su “existencia miserable” que también presupone un gasto superfluo de recursos médicos?

4) *El relativismo moral*. Vivimos en un mundo globalizado. Frecuentemente personas con diferente trasfondo religioso y cultural viven en una misma vecindad y trabajan lado a lado. Este pluralismo ético y ambiente multicultural ha sido traducido en un relativismo moral que no tiene justificación. De este sigue que en la vida moral no hay criterios absolutos, puesto que cada cultura tiene una concepción diferente acerca de lo que es bueno y correcto. Por lo mismo, las decisiones morales quedan condicionadas por el trasfondo personal de cada uno, por su educación y cultura y no podemos imponer a otros nuestros propios puntos de vista acerca de lo correcto y de lo falso. En una sociedad pluralista y cosmopolita las leyes han de ser mantenidas en su mínima expre-

sión para así mantener la paz y promover la tolerancia ante las diferencias. La libertad es exaltada como el mayor de los bienes y todos deberían de tener la opción de hacer lo que quisieran (por ejemplo el aborto a petición). Esto contradice la enseñanza de la moral católica, la cual frente a las diversidades culturales afirma la existencia de una naturaleza humana común. Esta naturaleza común permite a cada uno descubrir la ley que está inscrita en la intimidad de su conciencia y que le manda hacer lo que es justo y evitar lo malo.

5) *La secularización*. En el pasado la religión jugaba un papel importante en la determinación del comportamiento ético. Al considerar la religión un factor de división y una causa de frecuentes conflictos violentos – consideración especialmente presente en las sociedades occidentales – la separación entre Iglesia y estado se reputó una necesidad. Por eso en el campo de la bioética ha habido una campaña agresiva para marginalizar y desacreditar la voz religiosa. La última cita del inicio del artículo presenta la visión cristiana como anti-científica y lo hace invocando la mentalidad positivista antes mencionada y tan común hoy en día. Desafortunadamente incluso instituciones católicas de educación y universidades han sido afectadas por la adaptación al mundo secularista. Muchas de ellas han dejado ofuscar su identidad católica y ya no tienen el vigor intelectual para defender la enseñanza de la Iglesia. De hecho, los acercamientos secularizados a la bioética son igualmente comunes, tanto en universidades públicas como en universidades católicas.

Cultura de la Muerte y Cultura de la Vida

En el momento presente el 90 % de la enseñanza académica en bioética está adaptada al mundo secularista. Esta enseñanza va muy en contra de la visión de la Iglesia acerca de la persona humana, siempre dotada de una naturaleza común y de una dignidad intrínseca. Se rechaza rotundamente la invocación de cualquier tradición del pasado, inclusive del juramento de Hipócrates que los médicos solían hacer al graduarse en una escuela de medicina. Como está completamente penetrada por el relativismo moral y por el utilitarismo, la bioética secularista puede justificar cualquier cosa como éticamente correcta, hasta los actos más atroces como por ejemplo el infanticidio propuesto por Peter Singer.

Este profesor de “ética” de origen australiano, que desde 1999 ha estado enseñando a generaciones de estudiantes en Princeton, propone con toda seriedad dar muerte a los bebés si no son deseados por sus padres. Incluso ha publicado un libro en el cual defiende dicha idea como una extensión natural de la práctica del aborto. Sus puntos de vista ejercen mucho influjo. Además de estar enseñando en una universidad prestigiosa, ha escrito docenas de

otros libros, vendiendo así más de medio millón de copias. Lo que da pavor es el hecho de que no esté solo en sus ideas. Una larga lista de profesores que enseñan ética en Harvard, Yale, Oxford y otras universidades del *ivy-league* comparten semejantes puntos de vista en relación al infanticidio.

Estamos contemplando sólo la punta del iceberg. Si estas ideas que pertenecen al gran pedazo de hielo que se esconde por debajo del agua salieran a la superficie, se llegarían a hacer propuestas aún mucho más insidiosas para el futuro de la raza humana.

Afortunadamente mucha gente empieza a darse cuenta de que el pensamiento secularista termina en un callejón sin salida y que ya es incapaz de responder a los actuales desafíos éticos. Otros están evaluando nuevamente qué lugar le puede corresponder a la religión en la ética. Dado que la Iglesia tiene siglos de experiencia en afrontar el misterio del sufrimiento y de la enfermedad, de la muerte y de la inmortalidad, ella dispone de una sabiduría demasiado preciosa para ser ignorada. Ella puede ser profética y hablar abiertamente contra las injusticias para defender la dignidad y los derechos de cada persona humana, sin distinción de raza, de proveniencia, de condiciones físicas y de edad, desde la concepción hasta la muerte natural. La Iglesia podría muy bien tomar en el mundo el papel de esa voz neutral, no partisana, sin que pesen sobre ella los intereses económicos o políticos.

A través de sus oraciones y su servicio también los cristianos pueden jugar un papel importante en esta batalla. El trabajo en el servicio a los más débiles, más pobres y los más ignorados por la sociedad — los discapacitados, los abandonados, las mujeres en necesidad, los drogadictos, los huérfanos, los ancianos y los moribundos — es un testimonio elocuente de la dignidad inherente a cada miembro de la raza humana.

En estas materias los católicos tienen también un llamado especial para defender la vida a través del estudio y la difusión de la enseñanza de la Iglesia. Los laicos, especialmente los profesionales en el ámbito de las prestaciones en favor de la salud, los abogados, los políticos y científicos deberían de ponerse al día en lo que dice relación a los diversos pronunciamientos de la Iglesia en los asuntos sobre la vida. Ahora más que nunca es necesario renovar la educación católica, haciendo nuevamente énfasis en estas verdades perennes en relación a la persona humana. Los intelectuales católicos deben tomar posición y enfrentarse con los secularistas en debates públicos, publicaciones y conferencias.

Es imposible permanecer con los brazos cruzados mientras la humanidad está enfrentándose con problemas inmensos. Este es el desafío que el Papa Juan Pablo II nos ha lanzado — crear una “Cultura de la Vida.”